

Cristo; no soñó con vanagloriarse por tal triunfo, ni paró mientes en las promesas de la Condesa de Astorgüela. Sólo consideró la ocasión de consagrar á Dios una alma arrancada á las impurezas del mundo. Qué fuese él ó fuese otro el que obtuviera el triunfo, poco, importaba; lo esencial era conseguirlo.

Para su hermano Pepe, cuya dicha acababa de extirpar como planta arrancada de cuna, no tuvo un sólo impulso de rencor. La rivalidad y antagonismo que de él le separaban, nada eran ni valían ante la alteza y rectitud de sus propósitos.



### XXXIII

La mañana en que Paz creyó ver demostrada la infidelidad de su amante, llegaron á Madrid noticias de lo mal que iba la guerra para las armas liberales. El Gobierno, queriendo ocultarlo, publicó en "La Gaceta" un parte que esolamente hablaba de pequeñas partidas alzadas en Galicia; pero los periódicos, suplementos y extraordinarios dieron la voz de alarma; con lo cual la sorpresa de la corte fué tan grande como inconcebible estaba siendo su apatía. Cuando la capital se enteró de que los voluntarios del pretendiente, organizados en divisiones y cuerpos, podían hacer frente á las tropas, nadie dejó de convenir en que era necesario hacer un esfuerzo supremo. En los casinos, cafés y clubs, hasta en los corros de

las calles se notó en el centro del día efervescencia síntoma de la inquietud popular. Todo el mundo estuvo conforme, se vociferó, se acusó de débil al gobierno, de carencia de disciplina á los soldados, de falta de pericia á los jefes. . . . y por la tarde todo Madrid se levantó á los toros.

Se lidian ocho del Duque en corrida de beneficencia. Hora, y media antes de la fiesta comienza á romperse la línea de vehículos tendida entre la Puerta del Sol y las Calatruvas. Los mayores, que han pasado la mañana reunidos en grupos, liada al brazo la tralla, fumando y escupiendo por el colmillo, mandan noramala á las desarrapadas mozuelas que, con el décimo de la lotería en la mano y lo hez del idioma en los labios, van de uno á otro ávidas de piropos soeces; cada hombre se coloca en su puesto, y empieza á oírse el grito tentador:

—¡Eh, arriba! ¡á la plaza!

Al principio los coches se llenan sin grandes apreturas, arrancan primero los mejores, ómnibus enormes y seguros *breacks* de forma extranjera ya españolizados, con suertes del toreo pintadas en portezuelas y cajas; des-

pués, á falta de los buenos, la gente toma por asalto los que van quedando; jardineras con las ballestas rotas y mal encordeladas, tartanas quebrantahuesos y ómnibus pequeños, de aquellos viejos que años antes iban á dos riales al patíbulo, todos tirados por mulas y caballos trasijados que ostentan en el pescuezo collarones á la jerezana, pagados con la escatima del pienso, sin que su pobre costillaje ponga lástima en el corazón de la chulapería, ávida de empezar á varazos.

—¡Eh, arriba, *cabayero!*

—¡Señorito, á la plaza!

Un poco más tarde llegan por las bocacalles y pasan rápidamente, tirados por hermosos brutos, los carruajes de los ricos y sus parásitos, mostrando la gente adinerada afán de imitar al pueblo en la manera de vestir. Los hombres van de americana y pavelo; las mujeres con flores puestas en el pelo á lo gitana, luciendo unas la mantilla de blonda blanca y otras la de casco de color con sedosos madroños negros, que sombrean dulcemente la cara. Corren los simones, insultándose los cocheros de pescante á pescante sobre cual pugna por adelantarse, y á las ventanillas asoman entre bocanadas de humo, ya el rostro moreno

y bigotudo del madrileño de los barrios bajos, ya la carnicera rumbosa cargada de joyas anticuadas, que ciñe á sus hombros el rico pañolón de colores brillantes. Al trote de un rocín miserable, y con el mozo sabio á la grupa, ya el picador, cuyas formas atléticas contrastan con el tipo enclenque de algún señorito que sirve de cochero á su lacayo; y en potros inquietos que bracean con fuerza van el chalán que deja la bestia en merendero durante la corrida, y el alguacilillo vestido como los que aborreció Quevedo. Entre los de á pie que continuamente se desvían de la acera para tomar corriendo los primeros ómnibus que vienen de retorno marchan confundidos el *gatera* que con mil trabajos, ninguno limpio, reunió el precio del tendido, el hortera *endomingado*, el estudiantillo que parodia en el vestir al elegante rico, lamo listilla engalanada con el trabajo de sus manos, y algún otro viejo ávido de censurarle todo echando de menes los calesines y las majas del tiempo del *rey neto*. A pie van también la chula y su amante, ella orgullosa, él celoso, haciendo ambos mutua ostentación de sus personas: el mozo con calzado de lo fino, pantalón ajustado, paverio y chaquetilla de pana; la chica con el cabello ensortijado, un

peinacillo en cada rizo, pañuelo de seda caído sobre la espalda porque no oculte lo primoroso del peinado, y sobre los hombros el gran mantón de Manila, que se empeña en los apuros, y por entre cuyos largos flecos asoman á cada paso de su graciosísimo andar los bajos limpios y los pies chicos. Como ella lleva los ojos lucientes de malicia y la boca rebosando picardía, los señoritos la miran con codicia, y entonces el chulo, porque vean que la mucha es suya, la requiebra con insolencias que ella estima como madrigales dulcísimos.

En *landó* de alquiler va una familia extranjera mirando á todas partes ansiosa de color local, armada de paraguas y gemelos: y en su *victoria*, alta la frente y provocativa la mirada, descuella la hermosura alquiladiza de alguna pecadora que, al sentarse en delantera de grada, será acogida con expresivo *vecerio*. De pronto todos miran hacia un mismo sitio. Entre el confuso tropel de carruajes pasa una carretela donde lleva un matador á sus peones: en el pescante el criado muestra con orgullo los estoques y el lío de capotes, los diestros sonríen serenos, el sol arranca destellos á los bordados de las chaquetillas; la escolta de granujas forcejea por subirse á la trasera, y al des-

aparecer el coche deja tras sí un murmullo de admiración jamás inspirada por los hombres que mejor sirvieron á la patria. . . . Luego cesan poco á poco el cascabeleo y los trallazos, hacia la puerta de Alcalá se divisa una larga fila de simones que vuelven con el "se alquila" puesto, y la calle recobra su aspecto normal. Al anoecer, la gente que sale de la plaza marcha de prisa, como espoleada por el hambre, y hásta en los barrios más apartados empieza á oirse el pregonar de los periódicos taurinos, recién impresos y húmedos, que son un "mentís" para quien tache de poco activa á nuestra raza.

.....  
 El mismo día y á igual hora, la calle de Atocha presentaba distinto aspecto. Las tiendas estaban cerradas, no había estudiantes en la entrada de San Carlos, ni corros ante las tabernas, ni chicos jugando en los socavos de los árboles. En el largo trecho comprendido entre la plaza de Antón Martín y la fuente de la Alcachofa, apenas transitaba gente; los balcones estaban cerrados, como si el sol y la fiesta hubieran arrancado á todo el mudo de su casa; no se oían más ruidos que el lento camdanilleo de algún carro y el silbar entrecorta-

do y rápido de las locomotoras que maniobraban en la estación del Mediodía.

De pronto se escuchó á lo lejos sonar de cornetas cada instante más fuerte, y en seguida rumor de música militar que se venía aproximando. Después en el repecho que forma la calle ante el Hospital, apareció un batallón de los acuartelados cerca de los *Doks*, que se dirigía á la estación. Primero se distinguieron, desde lo alto de la cuesta, la escuadra de gastadores y el grupo que formaba la banda, en cuyos instrumentos de cobre reverberaba la luz reflejos vivísimos: luego se vino la ancha columna formada por la tropa, sobre cuya oscura masa lucían las bayonetas heridas por el sol.

Iban en traje de marcha y con todos los arreos de campaña: bota al cinto, ros enfundado, manta liada al cuerpo, y á la espalda morralillo, en cuya blanca tela destacaba limpia y bruñida la tartera para el rancho: en los pies alpargatas, levantada en el empeine la polaina para facilitar el paso, y recogidas en el correaje las puntas del capote, dejando ver los pantalones rojos, que se movían acompasadamente por filas como miembros de una máquina viva. Al sonar cercanos los ecos de

la banda se abrieron algunos balcones, asomándose las muchaches privadas de salir, los ancianos y niños faltos de quien les llevase a paseo, y por las bacacalles inmediatas vinieron á escape enjambres de chicos, que con gran algazara y vocerío corrian unos á ponerse junto á la escuadra de gastadores, otros á rodear la charanga, acompañándola buen trecho, hasta que al cabo de un rato se volvían hacia sus casas, temerosos de reprimenda ó paliza. Aparte la gritería de los muchachos, el batallón subió toda la calle sin que se escuchara á su paso murmullo de simpatía ni rumor de cariño: sin un viva. Solo un hombre desharrapado dijo, mirando lo triste que iban los soldados:

— Van al Norte. . . . !Pobrecitos!

Y una criada de servir fresca y guapetona, contemplándolos como si fueran pedazos de su alma, añadió:

— ¡Dios os dé buena muerte!

No sabía el pueblo despedir á los suyos de otro modo.

Luego que el batallón pasó, la calle volvió á quedar casi desierta, huérfana de animación y ruidos; durante unos minutos continuó oyéndose cada instante más débil el

sonar de las trompetas, se cerraron los balcones y tornáronse los chicos á sus juegos.

La tropa debía subir toda la calle de Atocha y atravesar la Plaza Mayor, dirigiéndose por la calle de Bailén y el paseo de San Vicente á la estación del Norte, pero entre la plaza de la Bolsa y la Concepción Jerónima halló cortado el paso por una ancha zanja que los braceros de la villa habían hecho para colocar cañerías. Fué preciso variar el itinerario y bajar por la calle de Carretas á tomar la del Arenal. Cuando los soldados atravesaron la Puerta del Sol, nadie les hizo caso. La escena fué rápida y triste: á una parte alegría, voces, trayasos y ómnibus tomados por asalto; al otro lado, el batallón desfilando entre dos hileras de vagos, vendedores y curiosos. El jefe miró con desprecio á las turbas; y Pepe, que iba como alférez en su puesto, pensó que acaso tuvieran razón los que dicen que el pueblo es indigno de la libertad.

